

## Domingo 20

A los ojos de Dios, no debe haber vallas ni muros entre las personas. Las Escrituras señalan el deseo de Dios de que todas las personas sean incluidas en la única familia de Dios. Nadie debe ser excluido. Este fue el mensaje que Dios predicó a través de los profetas. Esto es lo que predicó Jesús cuando habló del reino de Dios. Esto es lo que manifiesta hoy en el Evangelio. Cuando ocurren tragedias, todos nos unimos para apoyarnos unos a otros. No se habló de etnia / idioma / religión; ¡esa noche reinó la humanidad! Tales actitudes y gestos nos muestran que podemos ir más allá de barreras y límites.

La primera y la segunda lectura prepararon el escenario para el drama del evangelio. Isaías da voz a la intención de DIOS de extender los privilegios de Israel a todos los "extranjeros que se unen al SEÑOR". DIOS anhela estar en relación con todos los pueblos. A través del profeta Isaías, Dios declara: "Mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos". En la segunda lectura, San Pablo enfatiza que la misericordia de Dios está destinada a todos, sean judíos o gentiles.

Todas las lecturas de hoy hablan de la naturaleza expansiva y llena de gracia del "reino de Dios", negando el protocolo del día que exige que la salvación llegue primero a los judíos y luego a toda la gente de la tierra. Aunque Dios eligió al pueblo hebreo como Su raza elegida, incluyó a todas las naciones en Su plan de salvación y bendijo a todas las familias de la tierra en Abraham. El punto es que la misericordia y el amor de Dios están disponibles para todos los que lo invocan con fe. Ese es el corazón del mensaje del evangelio. Ciertamente, Dios señaló a los judíos como su pueblo elegido. De entre ellos viene el Mesías. Este es un privilegio.

Lo importante es nuestra fe. No cuánto tenemos, sino qué hacemos con lo que tenemos. La mujer cananea era pagana, pero Jesús elogia su fe y le da lo que quiere. Los fariseos están llenos hasta el borde de creencias y doctrinas, pero Jesús condena su hipocresía. Ciertamente, Jesús quiere fe, pero debe ser una fe sincera; fe con humildad y amor.

A menudo construimos vallas entre nosotros y aquellos que son diferentes a nosotros. Estas vallas tienen que derribarse si queremos ser seguidores de Jesús. El propósito de las cercas y muros es separar, alienar y destruir la unidad de la humanidad. Hoy más que nunca es necesario derribar los muros de separación y compartir la universalidad del amor de Dios.

En el evangelio, ninguna barrera pudo mantener a la mujer cananea alejada de JESÚS... ni su indiferente silencio ni su declaración sobre su misión "sólo para las ovejas perdidas de la casa de Israel", ni su aparente reprimenda. Su fe persistente persuadió a JESÚS de ir más allá de los límites étnicos / geográficos para curar a su hija. Jesús ve todo lo bueno dentro del corazón humano. Vio la fe de la mujer cananea. Ella demuestra ser una de las personas más notables de los Evangelios. No quiere solo las migajas, quiere todo el pan, la cura de su hijo. Su fe que es persistente gana el día. Él ve tu fe y mi fe. Nos ama más de lo que nos amamos a nosotros mismos. Estamos llamados a experimentar el fuego del amor de Dios y a permitirnos estar expuestos al fuego del amor de Dios también en los demás.

¿Me acerco con amor a todas las personas independientemente de su género, casta, clase, credo u origen étnico? ¿Imitaré a DIOS e iré más allá de fronteras y barreras? Nos reunimos hoy, todos diferentes unos de otros, todos con historias diferentes, experiencias diferentes, genes diferentes, diferentes en muchas formas, para recordar la vida, muerte y resurrección de Jesús. Nos reunimos en una mesa, participamos del Cuerpo y la Sangre de Jesús y nos hacemos uno con él. Entonces somos llamados a ir a nuestro mundo y traer a esa unidad a todas las personas que conocemos.